

CRONICA DE SILENCIOS

**Discurso por algunos de los monasterios
leoneses perdidos definitivamente**

Por José Antonio Moreiro González

Entre las posibilidades que ofrece la belleza geográfica y artística de la provincia leonesa cabe destacar por su innegable atractivo un recorrido por los monasterios desamortizados en 1835. La despoblación a que se vieron sometidos tras la exclaustación llevada a cabo por Mendizábal llevó a estos centros a una ruina irrecuperable. Y aquí reside su principal interés para nosotros, al buscar en las sombras de unas edificaciones antaño vivas las muestras de su pasado esplendor. Además por lo general, se emplazan en parajes de gran atractivo y soledad, por sí solos merecedores de nuestra atención, que añaden al interés artístico e histórico el disfrute de un agradable entorno.

En algunos casos la destrucción ha sido tan extrema que de ellos no queda constancia si no en escritos y museos. Tal sería el destino de San Claudio, el primer monasterio de la ciudad de León, que desapareció en su totalidad, y que ocupaba parte del actual paseo de Papalaguinda. Sus obras de arte se diseminaron por el mundo y, sin tiempo para reflexionar, los pesares por su inexistencia iban a parar en lugar vacío.

SAN PEDRO DE MONTES

Al dejar Ponferrada por el angosto puente sobre el Boeza camino de las aguas y nieves de la Guiana mágica, y tras rebasar la localidad de San Lorenzo, la carretera recorre las cuestas que separan las vertientes del Boeza y del Oza. El primer contacto con el encantador paisaje de este río se tiene en una vista a vuelo de pájaro sobre San Esteban de Valdueza. Siguiendo el río aguas arriba, hacia la Tebaida leonesa, el valle se estrecha y embellece por momentos. Pasado San Esteban se situaba la Granja de Santollano, lugar dependiente del monasterio de Montes y hasta donde solían llegar los padres generales en su visita, sin atreverse a superiores andanzas por lo difícil del camino. Valdefrancos y San Clemente aparecen fundidas con el paisaje que las engalana, lejos de los destrozos paisajísticos y urbanísticos de sólo unos kilómetros atrás.

En las Herrerías de Montes el ya muy estrecho pero delicioso camino se divide. En ramal alquitranado continúa hacia Santiago de Peñalba, mientras que de tierra y baches se abre otra vía para San Pedro de Montes. Sobre el valle de pizarras y castañas, discurren los varios kilómetros polvorosos de la pista, caracterizados por una profunda tranquilidad y soledad heredados del cercano Valle del Silencio. Baja el castro Rupiano, cerca de los canales que llevaban agua a Las Médulas aparecen las ruinas del monasterio, acompañadas del murmullo que generan las travesuras del agua.

La naturaleza de los montes que dan nombre al lugar impresiona por su equilibrio y orgullo. Quizás la personalidad del recinto venga marcada por su estar entre montes. Los mismos Montes de León que en el siglo X atravesó San Genadio desde el monasterio de Ageo (en la provincia de Za-

mora) para dar inicio a sus fundaciones en El Bierzo. Es de común aprobación que en Montes había fundado San Fructuoso en el año 646, y que posteriormente San Genadio restauró la fundación. Desde ese momento se fue engrandeciendo el convento con el favor de papas, reyes y nobles. El monasterio llegó a dominar tierras en Orense, Zamora y, sobre todo, en El Bierzo donde, siempre bajo el patronato real, superó incluso el enorme poder de los templarios para extender su influencia por toda la región. En 1505, tras la pérdida de poder que significó el periodo de gobierno de los abades comendatarios, entró bajo la influencia de la Congregación de Valladolid (1).

Fue el último abad, Eladio Enríquez, quien conoció las consecuencias de la exclaustación. La desaparición de los monjes significó la progresiva ruina del monasterio y la dispersión de la documentación de su archivo (2). El valle del Silencio engrandeció sus límites, callando para siempre las melodías gregorianas de las horas sagradas. Desde entonces, el olvido del monasterio ha sido un hecho casi natural tanto para historiadores como para hombres públicos, ya que su lejanía le separa de toda polémica y de la competitiva lucha diaria.

Sus restos a duras penas hubiesen llegado a nosotros si no fuese por la fortaleza de su construcción. La iglesia, aún convertida en parroquia de un pueblo sin feligreses, se ha conservado con dificultad sufriendo día a día las heridas profundas que le causan los torrentes de agua que la inundan y los salteadores que la desvalijan. Del resto del edificio monacal nos quedan los muros de piedra que se funden con el color del caserío próximo. Muchas de aquellas viviendas casi abandonadas, hechas de pizarra vieja y madera, vienen utilizando desde hace siglo y medio elementos de las ruinas del monasterio, interminable cantera para un lugar de cuatro vecinos y algún que otro portugués de paso. Quizás hasta el tortuoso camino de acceso ha mantenido a este sitio fuera de las rutas habituales. En ello incidía su cuidador, Benigno Riopedre, al hablarnos del olvido en que están sumidos los restos arruinados que él siente como su propia casa.

Al poco de marchar los monjes, en 1842, el monasterio se incendiaba. El fuego partió de las celdas monacales transformadas en depósito de forraje para el ganado. Lentamente, durante dos meses fueron ardiendo las vigas y todas las estructuras de madera. Se hundieron los techos hasta el suelo del piso bajo (lámina 1). En pie quedaron como verticales testigos, los muros que con el tiempo se fueron forrando de yedras. Y amparados por su protección sobre toneladas de piedra y tierra enraizaron gigantescos nogales y cerezos.

Al amparo de la humedad ambiental las ortigas se enseñorean del terreno, allí donde el hombre no aprovecha los espacios para el cultivo (lámina 2). El claustro, que no se llegó a terminar y que sirvió también de cantera para las casas del pueblo, está hoy convertido en fértil huerta de pimientos, nabos, judías, cebollas y grelos (lámina 3). Otro patio es un patatal. Sólo las bóvedas de medio cañón del almacén, y las de crucería de la farmacia resistieron el peso de los techos superiores hundidos, y aguantan tozudamente como testigos de la pasada grandeza del lugar.

La iglesia se mantiene en pie inverosímilmente (lámina 4). Los días lluviosos el agua corre a raudales por las bóvedas y cae directamente sobre los retablos. Situación agravada en su legado artístico también por el hombre. Se habla de unos lienzos de Berruguete que fueron vendidos a principios de siglo, y que hoy están en Inglaterra. El órgano fue trasladado a Carrizo de la Ribera. Hace tan sólo tres años, en noviembre, fue sometida a pillaje. Desaparecieron los cálices, la cruz proce-

(1) Sobre las vicisitudes de los abades del monasterio véase, Zaragoza Pascual, E.—“Abadologio del Monasterio de San Pedro de Montes” en *Archivos Leoneses*, (León), 1983, n.º 74, p. 313-338, y “Actas de visita del monasterio de S. Pedro de Montes”, en *Archivos Leoneses*, 1981, n.º 69, p. 113-168. También, Quintana Prieto, A.—*Tumbo viejo de San Pedro de Montes*. León, 1971. (Fuentes y estudios de H.^a leonesa, 5).

(2) Surgido de la consulta de estos documentos se conserva en el monasterio de Silos un manuscrito de Joaquín de Herrezuelo sobre la *Historia del monasterio de San Pedro de Montes y sus filiaciones*.



Lámina 1.—Como consecuencia del incendio se derrumbaron las estructuras horizontales del monasterio de San Pedro de Montes. Permanecen firmes los muros dominados por una vegetación espléndida.



Lámina 2.—Los sillares de pizarra aguantan fuertes los embates del sol, viento, agua y nieve.



Lámina 3.—La naturaleza que rodea al monasterio de Montes forma una isla de equilibrio ecológico y destaca sobremodera el valor de los restos arquitectónicos. El claustro, comenzado a reconstruirse en el siglo XIX, es hoy fértil huerta presidida por los arcos y pilares semidestruidos.

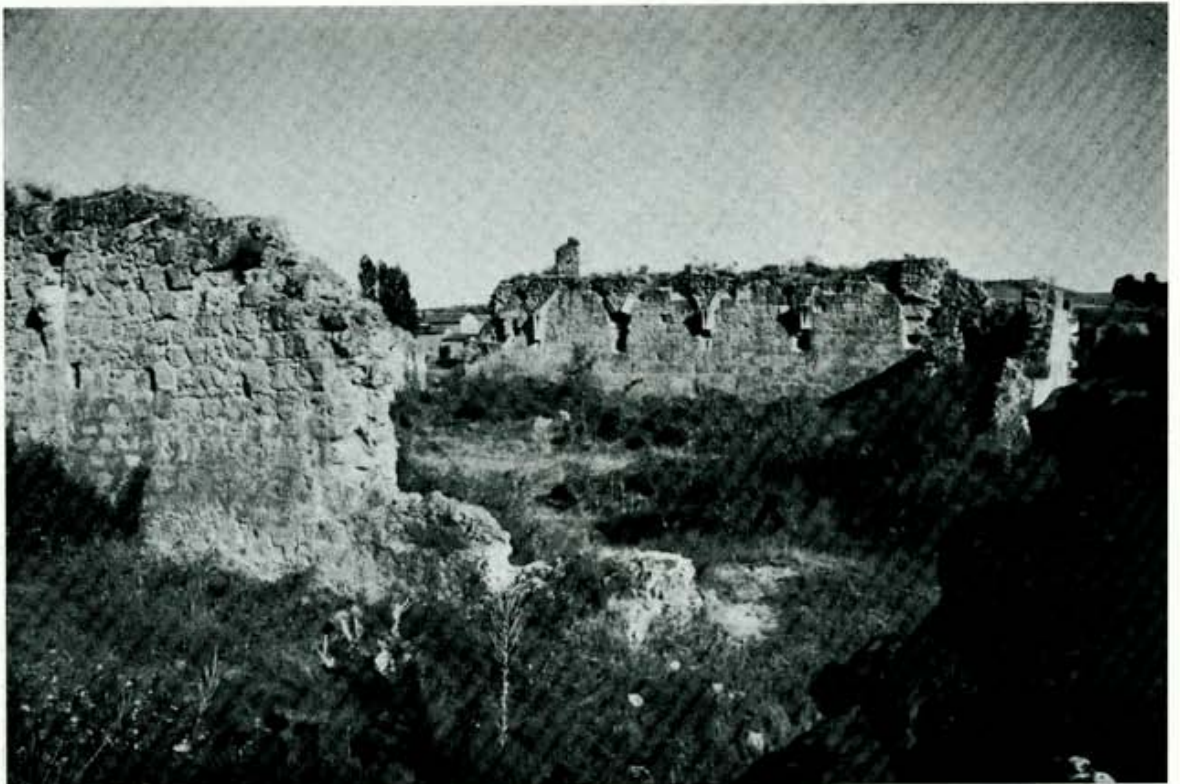


Lámina 5.—La visión de las ruinas de Eslonza impresiona por su grado de destrucción. Los muros se han rebajado al valor de tapias, en ellos sólo llaman nuestra atención la existencia de varios capiteles góticos, incluso algunos de éstos aparecen arrancados.



Lámina 4.—La fachada de la iglesia es la parte más valiosa de la arquitectura de Montes. Aun así son bien claras las huellas de su degradación. Benigno, impotente ante tanto que cuidar, no deja de quejarse por el abandono.



Lámina 6.—Sobre los cascotes crece la maleza, la desolación es la característica más destacada de la arquitectura de Eslonza.

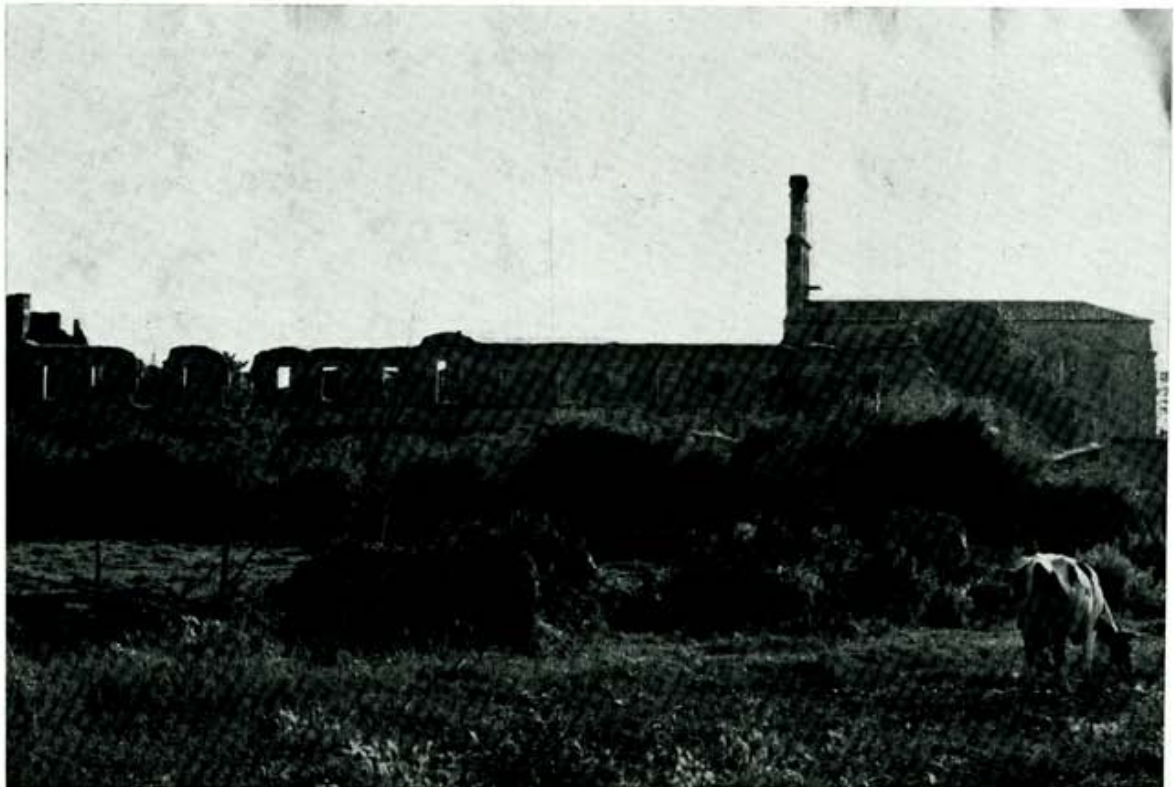


Lámina 7.—El monasterio de Sandoval ha cambiado su imagen tras la tala a que se han sometido las choperas que le rodeaban. Su enorme silueta ahora se puede observar desde larga distancia debido a lo llano del terreno.



Lámina 8.—Vista de las bóvedas de la nave del templo de Sandoval, desde el crucero. La reciente restauración ha destacado la belleza plástica sabiamente lograda al combinar en el interior elementos románicos y góticos.



Lámina 10.—También se restauró parte del claustro barroco próximo a la iglesia, que presenta un aceptable estado. Mientras un ala de ese mismo claustro aparece totalmente arruinada.



Lámina 9.—Bajo la cubierta barroca del claustro nuevo aún permanece gran parte del antiguo románico, con características ornamentativas musulmanas. Se aprecia la pintura que recubría los elementos de su construcción.



Lámina 11.—Tramo del claustro pendiente de restauración.

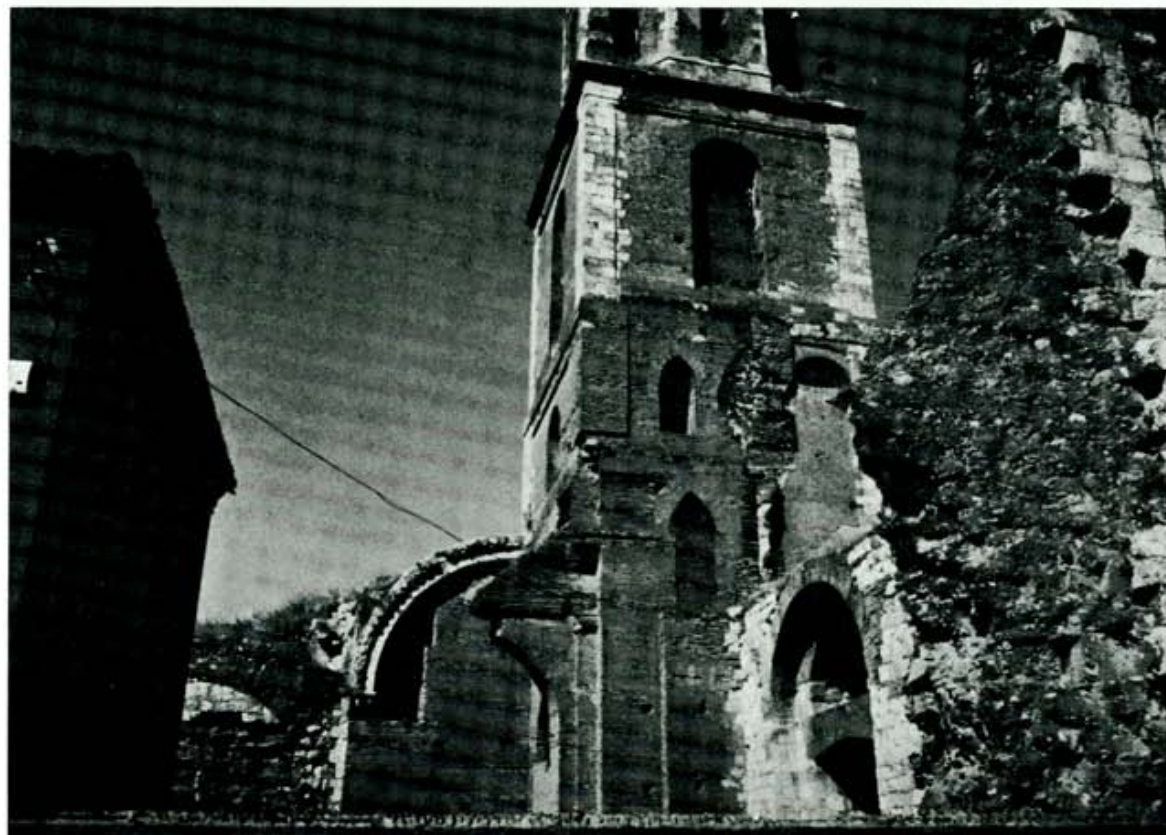


Lámina 12.—La utilización de una torre del monasterio de Sahagún para situar en ella el reloj de la villa, fue el motivo que salvó de la destrucción las partes de la iglesia que estaban a su alrededor.

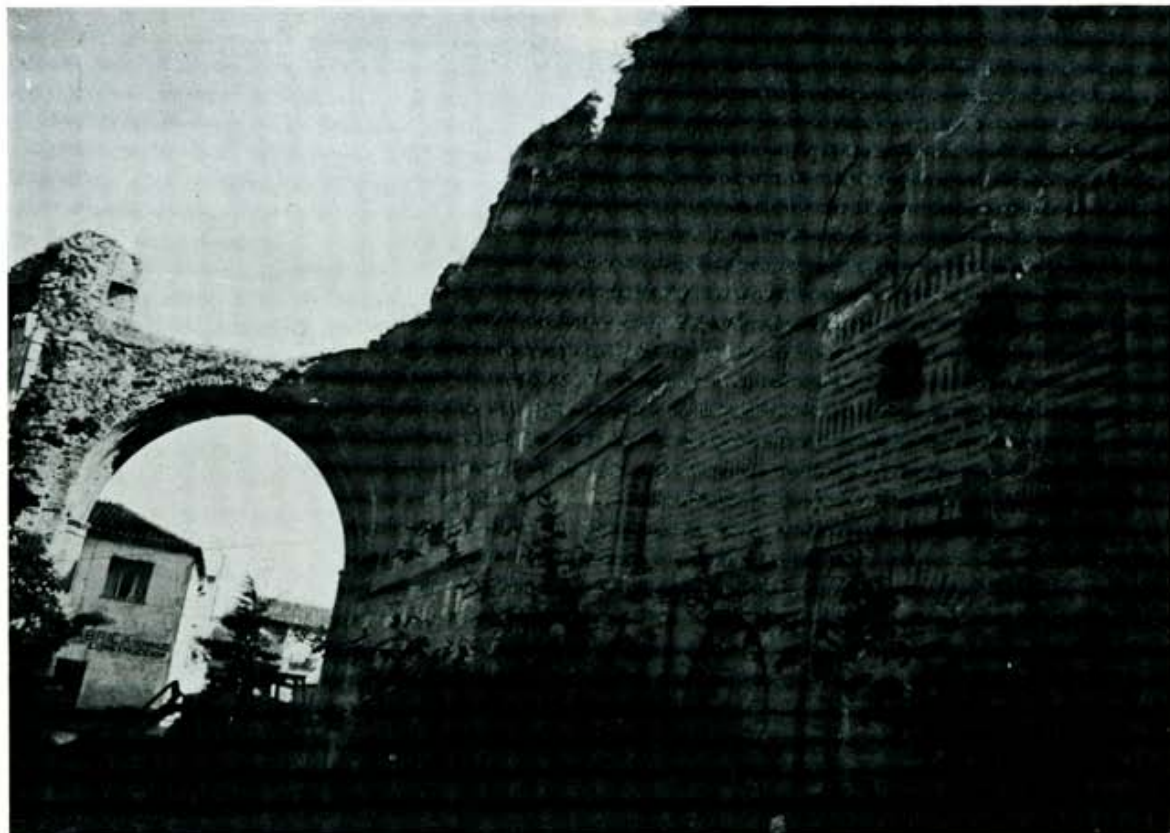


Lámina 13.—Muros de una nave lateral. Se aprecia al fondo un arco ojival al que siguen muros de sillares para luego convertirse en mudéjares de ladrillo, construcción en la que Sahagún guarda las edificaciones más destacadas de toda la provincia.



Lámina 14.—Una fachada lateral de la destruida iglesia es hoy arco de ingreso en Sahagún. Se eleva este curioso arco de triunfo como única pieza íntegra, sobre la destrucción casi total del monasterio benedictino.

sional y las navetas de incienso. De los retablos arrancaron a tirones columnas y paneles. Aún es visible la violencia con que la rapiña escarbó en los pocos restos aprovechables del gigantesco cadáver. Por lo demás, en el templo el musgo se ha establecido sobre las tumbas de los monjes, y el moho ablanda lo que queda de la sillería del coro.

Cuando abandonas San Pedro de Montes no puedes menos que reflexionar profundamente en la equilibrada belleza del lugar, y tratas de comprender sin poderlo qué inútil esfuerzo fue el que dejó sin vida todo esto. Tal vez para tomarse una revancha conviene acercarse a Peñalba. De regreso siempre ayuda un poco detenerse en San Clemente de Valdueza y probar el orujo que allí se destila. Pero no se puede olvidar la irracionalidad y la rapiña que se han cometido contra nuestro patrimonio artístico.

ESLONZA

San Pedro de Eslonza tuvo su mayor esplendor durante el imperio de Alfonso VII. Luego, entrando bajo la observancia de la Congregación de Valladolid, fue escuela de pasantes, por ello recibió en sus aulas durante casi tres siglos a la mayoría de los monjes que ocuparon asientos de responsabilidad dentro de la Congregación (3). Ni todo esto, ni su antigüedad es en absoluto pensable al contemplar desilusionados la estéril paramera que domina actualmente el lugar. Ningún indicio permite hacernos ni siquiera una idea de cómo era la edificación hace ciento cincuenta años.

Aquí a escasa distancia de los ríos Porma y Moro se ha cometido uno de los más desgarradores canibalismos arquitectónicos. El mortero aparece por todas partes, pero los sillares han sido extraídos. Este sitio se ha convertido en dominio de las ortigas y los cardos, nido de pardales y abejas, donde las higueras y los perales hieren los escasos lienzos de muro. Nada. Soledad total. Hecatombe de tapias pordioseras que apenas se salvan por la existencia de varios arranques de nervios góticos. Lo demás yace perdido en el tiempo mudo que marca el reloj de lo definitivo, de la muerte que aquí manda desde los días de Bernardo Morchón, el último de los abades. Profunda visión de ruinas, sólo ruinas (lámina 5).

Eslonza tiene, en cambio, un consuelo. Se llama San Juan y San Pedro de Renueva, en León, donde la iglesia del monasterio, obra renacentista largamente elaborada en cuya fábrica participaron arquitectos tan destacados como Juan de Badajoz y Juan del Rivero, o luego, el neoclásico Pedro Martínez (4), permanece en su fachada y nos indica fielmente el justo valor con que debemos apreciar la historia de Eslonza. Junto a la documentación del monasterio, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, Renueva es la única prueba sensible de una historia cerrada. Tres portadas y otros elementos arquitectónicos procedentes de Eslonza se han integrado en Renueva. También fuera de Renueva hay testimonios de Eslonza, pues fragmentos de las crujiás se encuentran desmontados en León, y en Mansilla de las Mulas está una de las esculturas cuyo lugar marcan, vacías, las hornacinas de Renueva.

En el pueblo de Santa Olaja de Eslonza sólo quedan breves paredes heridas por el hueco de

(3) Véase Zaragoza Pascual, E.—“Abadologio del monasterio de San Pedro de Eslonza, (siglos X-XIX)”, en *Archivos Leoneses* (León), 1984, XXXVIII, n.º 75, p. 165-187; y Calvo, Aurelio.—*San Pedro de Eslonza*. Madrid-León, 1957. 260 p.

(4) Sobre el templo nuevo de Renueva, véase Villanueva Lázaro, José María.—*La ciudad de León del gótico-mudéjar a nuestros días*. Siglos XIV-XX. León, Nebrija, 1980. p. 141-144. En general, sobre los monasterios tratados en este artículo véase *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Dirigido por Quintín Aldea, Tomás Marín y José Vives. Madrid, Instituto Enrique Flórez del C.S.I.C. 1972. Tomo III, p. 1508-1715.

apoyo de las vigas (lámina 6). Cerca corre un riachuelo que confiere al lugar el frescor habitual en los emplazamientos benedictinos. El suave rumor de sus aguas pone el único contrapunto al grave silencio de las ausencias. Impresiona el vacío palpable de un rico pasado que apenas ha dejado rastro alguno. Por faltar, hasta las tumbas de los monjes están ausentes, de ellas no se ve rastro alguno. Una destrucción tan completa no necesita testigos.

SANDOVAL

Los restos del monasterio de Santa María de Sandoval se levantan en la mesopotamia del Esla y el Porma, muy cerca de donde ambos ríos se encuentran a veinte escasos kilómetros de la capital leonesa. Hasta hace unos meses llegar al lugar significaba perderse en el atractivo de su arquitectura abandonada en medio de una vegetación espléndida. Hoy están arrancados los chopos y las sebes, sólo quedan unos pocos álamos solitarios y la yedra que cubre los muros. Cuando, tras el recodo del camino aparece el monasterio, resulta irreconocible y casi antipático para quienes asociábamos inmediatamente sus piedras al verdor que las cobijaba. Ahora su silueta nos resulta inquietante, triste y amenazada (lámina 7).

Desde su fundación en el siglo XII por el conde Ponce de Minerva el convento del Cister se vio favorecido por numerosos beneficios, que aumentaron considerablemente cuando doña Urraca le amadrinó en 1178. Se estableció entonces una verdadera tradición entre los reyes de ser dadivosos con la abadía, lo cual fue notable para su desarrollo y la riqueza de sus edificaciones. Aún en nuestros días, siglo y medio después de la exlustración, Santa María de Sandoval presenta el mejor aspecto de todos los monasterios leoneses abandonados. La iglesia, la sala capitular, parte del claustro y otras estancias menores se han salvado hasta estas fechas. Para entrar en el recinto preguntamos en el gran corral anexo por la señora Munda. Nos atendió su hija, Encarna quien celosamente nos acompañó en nuestro recorrido.

El templo románico del monasterio cumple la misión de parroquia para Villaverde de Sandoval, y es ésta una de las principales causas de su impecable conservación al haberse realizado en años pasados una limpia restauración, de buen gusto y criterio, a pesar de verse limitada por el gran mal que afecta a todos nuestros edificios, la falta de presupuesto (lámina 8). Las bóvedas de las cortas naves y la belleza del amplio crucero nos permiten disfrutar al mismo tiempo de todo el espacio interior, que se reparte entre el románico de finales del siglo XII y el gótico de la ampliación del siglo XV. La unidad de ambos estilos se logra a través de la limpia geometría que poseen sus arcos, molduras y aristas resaltadas gracias al fuerte contraste de luces entre las naves laterales, tan oscuras, y la claridad acogedora de la nave principal y del crucero (5). De la ampliación gótica es nota distintiva su conjunción con lo primitivo románico, así como el tamaño tan pequeño de la puerta situada a los pies del templo.

Atravesado el estrecho umbral se encuentra una pila de agua bendita, propiamente un capitel desplazado, de parecida labra y mayor tamaño que lo de San Miguel de Escalada. En el interior también aprecio la imaginería de los retablos y los sepulcros con esculturas yacentes de los fundadores.

Pese a la correcta restauración, la humedad que domina estos parajes hace que el suelo se cubra de verdosidad, en especial bajo los arcos de las naves laterales. Pero de Sandoval se conservan con bastante dignidad otras partes del monasterio, no sólo la iglesia. Junto a ésta ha quedado la sala

(5) Sobre la iglesia y estructuras arquitectónicas del monasterio, véase, Gómez Moreno, Manuel.—Catálogo Monumental de España. Provincia de León. Madrid, 1925. p. 422-424; también Yáñez, D.—El monasterio de Sandoval. León, 1971.

capitular convertida en sacristía. Y además de algunas habitaciones y salas menores nos ha llegado parte del claustro lateral al templo, mientras ha desaparecido por derribo otro patio situado tras la sala capitular, al sureste de la iglesia, hoy convertido en destartalado huerto de ciruelas, manzanas, nogales y majuelos. Del claustro en pie un ala aparece como prolongación hacia el sur del crucero. En ella se han conservado arcos y lienzos de muro del primitivo claustro románico sobre el que se dispuso la posterior obra barroca (lámina 9). En lo románico aparecen adornos de claro ascendente nórdico (lacerías, zig-zags) y musulmán (lóbulos). Siete arcos sobre pilares toscanos forman cada banda de la galería (lámina 10). El claustro se empezó a restaurar coincidiendo con las recientes obras en la iglesia, pero la falta de dinero acabó pronto con el propósito (lámina 11).

De los monasterios leoneses abandonados tras la exclaustación Sandoval es el más recuperable, pues mantiene en buen estado parte de sus estancias. Pero uno no puede menos que dudar de este buen fin. Aún en nuestros días se sigue mermando el capital de su valor artístico. Como sucedió hace unos años el día de la fiesta de Villaverde por la noche, en que unos desaprensivos robaron la cruz del crucero en el exterior del recinto. También han ido desapareciendo de su sitio parte de las losas de los enterramientos, igual que las cabezas de los pequeños frailes esculpidas en la diminuta puerta de acceso al templo. La dejadez oficial y humana es lamentable cuando se trata de la herencia artística que nos dejaron nuestros mayores. La palabra de los artistas debe seguir escuchándose hoy.

EL MONASTERIO DE SAHAGUN

Por caminos muy distintos a los del León húmedo de los montes o de las riberas se llega a los límites provinciales en que poco a poco los páramos agrestes, perdida su fuerza, se funden con las tierras llanas de Castilla. Alfonso III concedió a monjes mozárabes venidos de Andalucía la iglesia de los santos Facundo y Primitivo situada sobre el Camino Francés. La ascensión del nuevo monasterio fue vertiginosa por la protección real a lo largo del siglo X y por la constante afluencia de peregrinos. Pasadas las difíciles circunstancias de las razzias de Almanzor, Alfonso VI trajo a Sahagún (Sant Facund) monjes de Cluny, con lo que la abadía pasó a ser cabeza de la reforma cluniacense en España. Su abad Bernardo de la Sauvetat, convertido en señor feudal por una carta-puebla, pobló en parte sus dominios con gentes transpirenaicas. De Sahagún salieron muchos de los obispos de la España reconquistadora, y conforme descendía la línea límite de las dos Españas aumentaban los dominios del monasterio que poseía territorios desde el Cantábrico hasta Toledo. La voz del abad se oía en la Corte. Sahagún acuñaba moneda y era hospital de peregrinos. No quedaba a la zaga en su historia su papel intelectual. A principios de 1400 poseía un Estudio de Teología, Derecho y Artes, que en el siglo XVI se convirtió en Estudio General, la primera Universidad leonesa que cerró su futuro por intereses de la Congregación de Valladolid (6).

Quizás fueron dos las causas del declive del monasterio y ambas se originaron en la propia abadía. Una fue la existencia de la villa de Sahagún, que fundada en 1085 por el abad Bernardo, luchó desde su nacimiento contra el monasterio, y al final terminó con él. La otra, el ser origen de los monjes que fundaron en Valladolid la Congregación de San Benito que, reinando los Reyes Católicos, lograron apoderarse de su casa de origen y la despojaron de sus mejores tierras y de su influjo cultural. La decadencia de los monasterios leoneses coincide con el auge de la casa vallisoletana.

(6) Para mayor información, Beltrán de Heredia, V.—“El estudio del monasterio de Sahagún”, en *Ciencia Tomista* (Salamanca) 1958, n.º 85, p. 687-697.

Al abandonar sus dependencias el último abad Benito Fernández y sus monjes, el monasterio fue quemado por dos veces y derribado. Era el fin de la lucha de casi ocho siglos entre villa y monasterio. Y en el lugar no quedó más que el polvoriento color de la seca tierra de Campos.

Sahagún nos ha dejado en el Archivo Histórico Nacional un importantísimo legado documental (7). Todos los estudiantes de Paleografía y Diplomática recordamos con cariño nuestras prácticas de letra visigótica redonda sobre el "Becerro" gótico del monasterio. Sin embargo de la grandiosidad de sus edificaciones apenas nos han llegado unos pocos rastros.

Cuanto subsiste se debe curiosamente a una torre levantada en la cabecera de la iglesia en el siglo XVII. En ella se situó el reloj de la villa y por su utilidad se respetó en la locura destructiva del siglo XIX (lámina 12). Bajo la torre, contrarrestándola se ha salvado el lado norte del crucero de la iglesia, el ábside que a éste corresponde y parte de los muros de las naves.

Los arcos y la sillería son románicos, pero la abundancia del ladrillo en los muros y bóvedas los hacen característicos del mudéjar que abunda en la localidad (lámina 13). Un arco perpiaño aparece recorrido por zigzagueado normando. Sin embargo las proporciones de las naves exceden las del románico y Gómez Moreno pensó si en ello no estaría la primera iglesia española hecha con ojivas, incluso si era de estilo normando o acaso la primera de las iglesias ojivales (9). De todas formas difícil respuesta tienen sus interrogantes, por el destrozo cometido en la iglesia. Tampoco podremos saber nunca si aquí se construyó el prototipo de los cimborrios románicos leoneses existentes en Zamora, Toro, Salamanca y Plasencia.

Aún son visibles unas ventanas bajo la bóveda de ladrillo, una puerta románica y capiteles adornados con bolas, hojas y animales, si bien su nota común es la destrucción. Lastimosamente se ha visto reducido a la nada un monumento que hubiese ennoblecido la villa de Sahagún tan olvidada quizás por sus propios méritos.

La carretera que nos lleva al centro urbano pasa debajo de la portalada meridional de la antigua iglesia del monasterio que nos recibe a modo de arco de triunfo (lámina 14). El mismo arco barroco, con el escudo real, esculturas, barandilla y frontón ve cómo se desmoronan sus piedras próximas al suelo por la humedad en una tierra árida.

El pecado del monasterio se extendió también unos cientos de metros más arriba al antiguo convento de franciscanos, Santuario de la Peregrina, maltrecho en sus ladrillos y adobes comidos por el abandono, o a escasos kilómetros, Cea arriba, en Trianos, donde los campos de labor han ido comiendo desde la exclaustración los restos del antiguo convento de dominicos.

En ninguno de estos lugares podríamos ni siquiera evocar la vida que tuvieron hasta no hace mucho. Las bóvedas hundidas en el suelo no se harán eco de ningún cántico coral. Pero más triste aún es que estos edificios no se han aprovechado para nada, ni escuelas, ni viviendas, ni centros de descanso, se hicieron en ellos, aunque de ellos se han aprovechado muchos para comerciar fuera de toda ley con bienes que son por pertenencia histórica de toda una comunidad.

La callada lección de sus muros abandonados debe hacernos más respetuosos e interesados por nuestra herencia cultural.

(7) Véase, Vignau, V.—Índice de los documentos del monasterio de Sahagún, de la Orden de San Benito y glosario y diccionario geográfico de voces sacadas de los mismos. Madrid. Archivo Histórico Nacional, 1874.

(8) Véase Gómez Moreno, M.—Op. Cit., p. 343-350, y del mismo autor.—*Iglesias Mozárabes*. Madrid, 1919, p. 202-212.

(9) *Ibid.*—Catálogo..., p. 345-346.